

No sé si escogí el tema o me lo asignaron

ADOLESCENCIAS Y EL MUNDO ACTUAL

En un coloquio sobre la Función del Psicólogo en el tercer milenio

Dr. Marcelo Viñar

¿Debo contarles lo poco (o mucho) que sé? ¿O buscar interrogarme con Uds. de aquello que es urgente saber y que ignoramos?

Leyendo el temario del programa propuesto por el coloquio y en el título que gestamos con Cecilia Agüero para mi charla, yo me sentía como un brasileño que se ahogaba en el Río Amazonas (podía ser un argentino en el Paraná) y desesperado gritaba “Fora, fora río que te trago todo”... Así me siento hoy frente a la envergadura del tema que tengo que abordar. Tema de una amplitud, de una magnitud oceánica que puede asustar o aplastar hasta al más guapo. Yo prefiero confesarles desde el inicio mi fragilidad, que el tema me queda grande – me desborda (supongo que otro tanto le ocurriría a cualquiera).

Para posicionarme recurro a algunas citas célebres. Dice Heidegger: “La enseñanza no debe sólo informar sino hacer aprender. Enseñar es tratar de poner en evidencia, en el mundo del lenguaje, aquello que es opaco o caótico en el mundo de las percepciones y las cosas. Aprender es lo que nos exhorta a movernos desde lo accesorio a lo esencial”.

Postula J. P. Vernant: “La pareja de maestro y alumno apunta a ser más recíproca que jerárquica, no de que uno enseñe y otro aprenda sino de buscar juntos entender lo difícil de las cosas. Transmitir no es informar a alguien de algo que antes no sabía, sino hacer de el, alguien que antes no existía”.

Bion agrega: “Es cruel saber que el otro – aún el más amado – tiene siempre algo de desconocido y opaco”.

¿Podré cumplir yo hoy estas consignas?

Como abarcar todo es imposible, yo me limitaré a ensayar algunas preguntas inagotables que me asedian

Organiza:



Fundación  
**SOCIEDADES  
COMPLEJAS**

Auspician:

**N**  
noveduc

**eccolequá**  
consultora educativa

Convocan:



UNIVERSITÉ  
PARIS DESCARTES



PSYCHOLOGIE CLINIQUE  
PSYCHOPATHOLOGIE  
PSYCHANALYSE



apba  
Asociación de psicólogos de Buenos Aires

Carrera de Psicoanálisis con adolescentes

**CILA**  
Collège International  
de l'Adolescence

**APU**

Laboratorio de Adolescencia  
Asociación Psicoanalítica del Uruguay

y en algún caso – los menos – algunas respuestas precarias que he logrado pensando con mis pares y maestros. Los invito pues a compartir y socializar saberes e ignorancias.

Una primera idea es que Adolescencias y mundos actuales no son dos temas yuxtapuestos, sino un solo nudo de problemas que se intrincan o solicitan recíprocamente. Con Bajtin diríamos que no hay adolescencia fuera de su cronotopo, término que subsune un tiempo y un lugar histórico concreto. Antaño creábamos una entidad, la Adolescencia, en singular y con mayúscula, como una etapa de la vida cuyos rasgos y características procurábamos describir o designar (en un razonamiento platónico) sus cualidades esenciales y perennes. Así descubríamos el hecho de la transición biológica de los caracteres sexuales de los que el niño carece y el adulto dispone, ¿siempre o nunca? en su plenitud. Descubríamos que simultáneamente, (en lo psicológico), se produce una crisis por el derrumbe de la credulidad infantil en la bondad y omnisciencia del mundo de los adultos; del desasimiento o desprendimiento de las figuras parentales del mundo endogámico de la familia para crear y construir el mundo exogámico de los pares e iniciarse en los avatares voluptuosos del amor y el erotismo. Asumir un cuerpo deseante, cuando la revolución hormonal desata sensaciones inéditas, enigmáticas, que llamamos deseo sexual, impregnado de tentaciones, temores y prohibiciones. Experiencia cuya intensidad es inédita.

La vacante dejada por las figuras parentales sobrevaloradas de la infancia, las valencias ahora libres y disponibles, son ahora dirigidas al grupo de pares. Es el tiempo de descubrir al amigo confidente, de sobreinvertirlo con pasión, de tomarlo como espejo o modelo, de asumir la ensoñación de un proyecto de vida, de una vocación, un itinerario de navegación (que jamás se cumple a cabalidad), pero es un cuaderno de bitácora cuyos logros, fracasos y desvíos, evaluamos con alegría o con congoja.

El niño habita su presente lúdico, el adolescente despliega un futuro de sus anhelos y proyectos, en la desmesura de sus ilusiones y/o miedos al fracaso. Es un tiempo donde la potencia y la omnipotencia del deseo son difíciles de discernir y calibrar, tanto en su vertiente de gloria como en su pendiente de fracaso.

Este trueque o cambio de la temporalidad vivencial o interior, del niño que vive en presente al adolescente que proyecta un destino, me parece una arista cuya semiología no es fácil, e inaugura una relación consigo mismo cuyos logros, impasses y fracasos es menester detectar.

Por eso decimos que la adolescencia es un tiempo de turbulencia e incertidumbre. La magnitud y el

ritmo de los cambios en la percepción del si mismo y del mundo, tiene una intensidad inusitada en esta etapa del ciclo vital, tal vez sólo equiparable en su velocidad y en su intensidad al tiempo infans, es decir a los dos o tres primeros años de vida.

Proceso de desarrollo a concebir más como transformación que como crecimiento, porque este último término - crecimiento - sugiere un naturalismo lineal y transformación implica un proceso con sus logros, sus impasses, sus fracasos, sus retrocesos, un devenir problemático sin desenlace certero.

Estos saberes tradicionales, heredados de la modernidad, son valiosos y para nada descartables, y Uds., alumnos y docentes, habrán tenido o tendrán que llevar a cabo el empeño o la penuria de estudiarlo en la bibliografía nacional, regional o del Norte y constituye un acervo de saber ineludible que podemos unificar en el término adolescentología. Nos habla de un sujeto pensante, novelista de si mismo, más o menos talentoso, ávido de un futuro, anhelante de construir un futuro mejor y más justo, un futuro radiante y luminoso o temido e incierto, que apunta a la capacidad de dibujar o esbozar una radiografía autobiográfica, probablemente exaltada.

Un sujeto reflexivo, interrogador y autoteorizante, capaz de buscar-hurgar sentidos en sus opacidades y contradicciones. Seguramente este sujeto, espejo de nosotros mismos, hecho a nuestra imagen y semejanza, existe y lo encontramos con frecuencia, para compartir poesía, novela, o conflictos y confrontaciones. Un mundo compartido y compartible, de anhelos, proyectos o dolores. Mundo compartido porque jóvenes y adultos o viejos habitamos un tiempo vivencial interior donde hay una herencia del pasado y una ensoñación del futuro y el proyecto: el tríptico de una experiencia vivencial, donde lo actual es articulación de pasado y futuro.

Hasta aquí he tratado de dibujar o esbozar la silueta de un adolescente ideal módelico del siglo XX. Uds. dirán si es un buen retrato o una burda caricatura. Por supuesto que ese modelo ideal sólo existe en mi imaginación y que mi boceto se dispersa en una infinidad de variantes singulares. Modelo fabricado por mí, con mis saberes, prejuicios y puntos ciegos. Espontánea o reflexivamente yo construyo el modelo y después lo contrasto o comparo con el encuentro concreto con fulano o mengana y me empeño en discernir coincidencias y desencuentros. Procuero escuchar más al otro que a mi mismo. Eso es semiología dialógica.

Este modelo, ficcional y telegráfico, sólo me sirve como punto de referencia o de apoyatura para indicar

los carriles más frecuentes de esta etapa, para marcar así los reperes y contrastes de una diversidad de realidades socioculturales y endopsíquicas y sobre todo marcar contrastes entre aquel adolescente, parecido al que yo fui y el adolescente actual, que me es ajeno, extraño, con lo que cumpla la exigencia dialógica de pensar simultáneamente al producto que observo y al observador. Y el difícil problema de confrontar el modelo (una unidad coherente) con la diversidad, siempre múltiple.

\*\*\*

Hoy ya no podemos, no debemos, pensar las adolescencias como una entidad en si misma, sino inmersa en el vértigo de un mundo que cambia a un ritmo desconocido hasta ahora en la historia de la humanidad. El intervalo y la distancia entre generaciones son hoy mayores que antaño. El contraste con mis hijos y mis nietos es mayor que el que tuvo mi generación con sus ancestros y este es un desafío inédito para los psicólogos del tercer milenio. Distancia y contraste en la sensibilidad y los valores, que modifican los parámetros que definen las cualidades del lazo social entre padres e hijos, entre maestros y alumnos, aumentando el espesor del desencuentro en el perpetuo conflicto intergeneracional.

Yo pasé media vida – como psicoanalista y como docente – dialogando con adolescentes y jóvenes con quienes compartía los códigos que organizaban mi pensamiento. Venían a la consulta y hablaban, me daban un texto y buscaban un sentido a su síntoma, a su malestar o inhibiciones. A eso le llamo ser novelista de si mismo. Un día, esta apertura de juego, llamémosla “tradicional”, comenzó a cambiar. No siempre, pero con una frecuencia en progresión, me ocurría que concluíamos la secuencia de encuentros iniciales con la sensación de extrañeza de no saber con quién habíamos conversado, que algo de su humanidad se nos había escapado, que la empatía (einfüllung) fundadora de este peculiar encuentro contratado con fines terapéuticos o educativos, había estado ausente de la cita. Y aceptar o asumir esa extrañeza o ajenidad es una ardua tarea.

A lo largo de los años, la insidiosa persistencia de esta perplejidad nos fue convocando a la reflexión. Era el uso del habla y no su contenido lo que me dejaba atónito. Habitados a que toda narrativa de padecimiento psíquico apunta, aunque sea erráticamente, a la búsqueda de sentido, de un sentido faltante, y que, en el campo dialógico de la situación terapéutica, busca convencer y seducir, era ésta la lógica con la que los terapeutas y

educadores estábamos formateados. Esta era la materia prima que el neurótico de la modernidad nos brindaba en abundancia -a veces en exceso -y que hoy se ve reemplazada (no como rareza sino en una frecuencia significativa y creciente) reemplazada, digo, por una palabra catártica, explosiva, en una descarga sin pausa, que desconoce o no busca la interlocución, sino que insiste y persiste en la reiteración de una queja, de una logorrea torrencial, o de un lamento circular que no busca una progresión de la secuencia, sino que reitera, sin comienzo ni fin, un monólogo que desconoce y prescinde del interlocutor, un monólogo que se escucha a sí mismo como autosuficiente y sin destinatario que importe. Recurrencia que lleva al impasse.

El diálogo inicial de la película "*Social Network*" (Red Social) de David Fincher, donde el adolescente de Harvard, Mark Zuckerberg, luego inventor de Facebook, habla con su novia, me resulta un ejemplo elocuente de lo que quiero significar: un lenguaje operativo, sin efectos metafóricos que evoca los trabajos sobre enfermedad psicosomática de la escuela de París (M'Uzan).

\* \* \*

#### Desde la interdisciplina

Esta experiencia no quedó aislada o confinada al reducido universo de mi consultorio sino que se reiteraba (¿o confirmaba?) en el diálogo con alumnos y con aquellos docentes que me dicen que ya no saben cómo serlo: una dificultad creciente para conquistar o conseguir la complicidad empática que requiere el acto pedagógico, como complicidad fundante del acto educativo y desata el proceso de enseñanza-aprendizaje. Y por añadidura también se constata en los productos culturales de moda: el carácter fugaz y evasivo de la palabra en el video clip y en la discoteca, donde a un volumen de decibeles infernal y en general sobrestimulado por el consumo de psicoestimulantes, cada quien balancea su cuerpo en una gestualidad que remeda el aislamiento del comportamiento autista o hebefrénico, y donde los textos de la letra musical nos resultan pobres y carentes de poesía. Para mi perplejidad y estupor, la palabra y el erotismo resultaban disociados y ajenos entre sí. (Me arden las orejas pensando que mi lector -si existe- se burla de un viejo anticuado y fuera de época). Yo buscaba explicaciones y las respuestas venían por el descalabro del orden patriarcal y el derrumbe de las formaciones colectivas, o la declinación de ideales y utopías compartidas. El sociologismo de las respuestas era contundente

pero me impedía adentrarme en los meandros de la intimidad, que es lo que el psicoanalista privilegia y trabaja.

Es el ser con uno mismo que alimenta las maneras de estar juntos, es decir de crear lazo social, en una tensión entre lo original y lo compartido, entre lo homogéneo de la moda y lo singular de la persona. **Sostener esta tensión entre espacio íntimo o privado y los códigos colectivos cambiantes, me parece un trabajo psíquico imprescindible para definir la calidad o naturaleza de los procesos de subjetivación.**

Ser uno mismo entre otros, no es un dato biológico, genético o constitucional. Definir quién soy al interior de lo que Freud llamaba almas colectivas. (Hoy hablaríamos de grupos de pertenencia o afiliación), no es una conquista fácil, sino un arduo trabajo de construcción identitaria, trabajo en verdad inacabable, que nos insume la vida entera, pero la adolescencia es un momento crucial. Entre el hombre anónimo de la multitud y el sujeto creativo, timonel de sí mismo para amar y trabajar, la distancia parece ínfima pero es abismal.

El hombre no nace acabado, sino apenas esbozado, decían dos genios hace dos siglos y sólo se construye a través de la herencia cultural que le proveen sus semejantes. En el logro o el fracaso de esta construcción se define el intervalo entre ser un títere o un estúpido, o alguien creativo capaz de amar, pensar y trabajar.

Es justamente esta interfase la que procuro enfocar y explorar, la arista que une y separa lo íntimo de lo colectivo o consensual. Siempre que decimos factores psicosociales, anulamos la complejidad de esta frontera sutil, que, como la membrana celular, es un órgano activo que selecciona lo que incorpora y lo que rechaza. En el mundo de hoy, afirma Marcio Giovenetti<sup>1</sup>, subjetividad y ciudad, sujeto y cultura, constituyen una amalgama única. Esta aseveración ¿es progreso o retroceso?

\*\*\*

En el acontecer humano – en el acto de pensar – cuando constatamos un estado de cosas (por ejemplo los adolescentes de hoy) como tema que nos interpela – en ese momento de la experiencia interior que llamamos reflexiva – o de exploración interior (insichgehen en alemán – creo que en español no hay un equivalente preciso), en el acontecer humano decía, buscamos un origen, un comienzo, un aleph (“De algunos polvos vendrán estos barro”, dice Antonio Machado). Y no podemos pensar las adolescencias del mundo actual, sin acudir a alguna teoría o ficción teórica del origen o comienzo del psiquismo.

T. Todorow, en su libro “La Vie commune”, revisa en doscientas páginas, diversas teorías y trayectos de autores de la modernidad, para alumbrar este tema: ¿qué es y cómo se origina, nace y crece eso que llamamos alma o aparato psíquico, o conciencia?. El tema es para un trabajo de varios años, no para una charla. En todo caso – y esto es una advertencia – es distinta la operación de conocimiento cuando uno estudia objetos de la naturaleza u objetos abstractos, que la circularidad o el absurdo lógico de preguntarse: si yo soy yo, o nosotros somos nosotros ¿quién es el que pregunta y quién es el que responde? Por esto en ciencias humanas no podemos utilizar el saber monológico de las ciencias naturales; sino el saber dialógico donde el observador (sus ideas y afectos) son parte constitutiva e ineludible de los fenómenos observados.

El problema es tan difícil que solemos saltarlo, o delegarlo a la teología o a la biología, que tienen respuestas prefabricadas cuando no soportamos la incertidumbre de saber qué es el alma.

¿Cómo definir hoy – 2012 – la humanidad de un ser humano?

En todo caso entiendo que hay bastante consenso en que lo que desde nuestra perspectiva adulta llamamos psiquismo, no es un hecho originario, concomitante con el comienzo de la vida, ni con el nacimiento. Al venir al mundo somos un puñado de carne, frágil, sensible, temerosa ... Freud nos dice que el yo es ante todo un yo corporal. M. Klein agrega que la primera función del alma es combatir la angustia de aniquilación con la fragilidad del cuerpo propio; el mundo es una teta (o sus sustitutos). El ser de entonces sólo es una boca que sabe oler, chupar, que el acto vital del amamantarse alivia el mundo inhóspito del discomfort, que inaugura el hambre y el frío que no existían en la estabilidad del mundo intrauterino que proveía calor y alimento de modo constante. Traumatismo del nacimiento en un ser indefenso, prematuro, en indefensión extrema.

Nacemos en dos tiempos, una vez biológicamente, con día y hora precisos, el nacimiento psíquico es posterior, gradual y paulatino, desde ese sincretismo originario. Posición depresiva dice Klein. Estadio de espejo, dice Lacan, superando la angustia de descuartizamiento del ser originario como punto ficcional del origen del psiquismo, o big bang de un nuevo sujeto humano. Y el ser humano transita su existencia en el diálogo entre el ser consigo mismo y el ser entre otros de su comunidad.

Ese neoteno, inmaduro, nacido prematuramente y en dependencia extrema de sus congéneres durante un tiempo muy prolongado, sin parangón ni equivalencia en la escala viviente.

El infans y sus misterios, una etapa de la vida de la que tenemos más conjeturas que saberes, donde los límites de las constataciones empíricas y el mito, bailan una danza eterna. En todo caso (y es un resumen casi caricatural) retengan una tradición que piensa una expansión autogenerativa o autárquica, donde el entorno funciona como apoyatura, en un esquema desarrollista y madurativo. Por ejemplo, en los tres ensayos de Freud, y el desarrollo psicosexual de Abraham o las posiciones kleinianas que inspiran la tradición germana y anglosajona, de las que abrevamos mucho tiempo. Y lo que E. Roudinesco llama la excepción francesa: el “je est un autre” de Baudelaire, que culmina con Lacan y su herencia en consolidar la noción de Prioridad del Otro.

**Importa subrayar la naturaleza endógena, personalógica del enfoque anglosajón a contrastar con el énfasis relacional de la tradición francesa.** Para pensar las adolescencias, sus vertientes creativas y/o mórbidas, interrogar al sujeto individual e interrogar a su tribu de referencia, es una exigencia ineludible. No hay texto (individual) sin contexto (colectivo) que lo genere y legitime. La grupalidad siempre es crucial pero en el tiempo adolescente sería difícil sobrestimar su importancia.

No hay sólo sujetos adictos o suicidas sino cultura de la adicción y del suicidio. Ambas cosas son coextensivas.

Hoy día, los psicólogos del tercer milenio deberán estudiar, pensar y proseguir la investigación de un Psiquismo Humano, de un sujeto humano que se construye desde dos polos heterogéneos: 1) por un lado el de su dotación pulsional originaria y singular y 2) por otro desde el universo simbólico de la cultura que lo acoge, con sus mandatos y prohibiciones, lo sagrado que prescribe y lo sacrílego que prohíbe. El lenguaje y la cultura son los rasgos específicos de nuestra especie. Su única ley universal es la prohibición del incesto y del parricidio, lo demás es variable y coyuntural.

El ser humano es humano porque habla, dice Heidegger, habla aun cuando está en silencio o sueña. Es el lenguaje articulado el que lo habilita a pensar objetos en ausencia: esa capacidad específicamente humana de simultáneamente adaptarnos al presente o evocar pasados o construir y anhelar futuros. En la mente humana cohabitan (o deben cohabitar) una realidad adaptativa a la situación presente y una realidad ficcional constituida por recuerdos y mandatos del pasado y anhelos y proyectos para el porvenir.



\*\*\*

Entre tanto, en medio de tanta cogitación teórica, uno lee el diario y escucha las noticias: la franja etárea de 15 a 24 tiene el porcentaje más alto de muerte violenta, suicidios, homicidios, accidentes de tránsito.

Lee o escucha sobre las picadas de las motos, lee o escucha sobre las previas y lo que pasa en las discotecas, donde en la promiscuidad fácil se mutila la poesía del amor y el erotismo.

Las picadas: cruzar semáforo en rojo a máxima velocidad, atravesar la ruta con los ojos vendados, enfrentar dos motos a ver quién se desvía primero.

Formas de ruleta rusa para definir quién es gallina y quien superman, buscando adrenalina en el desafío a la muerte. Las reuniones previas para alcoholizarse, la música, la danza y el sexo anónimo en la discoteca.

Sobre todo esto cada quien tiene su propia moral, su propia religión, más o menos dogmática, más o menos ecuménica, en una diversidad infinita de posiciones más o menos libertarias o moralistas o deschavadas.

Estos son algunos de los temas privilegiados donde suelen jugarse las confrontaciones del conflicto intergeneracional. La infinidad de posiciones singulares en relación a los valores hegemónicos o alternativos de las culturas de cada época y lugar, de cada cronotopo como decía Bajtin.

Nuestra ética (freudiana) es la de no invadir intrusivamente con nuestros valores y creencias, sino replegarnos y escuchar, ser sólo parteros de las verdades y contradicciones que emergen de un sujeto escindido, esto es, de un sujeto que no es uno y unívoco sino que hurga en sus conflictos y contradicciones.

El tabú de la virginidad de la moral victoriana parece un anacronismo, una reliquia del pasado. Tampoco era una buena solución y la así llamada revolución sexual se designa como progreso, libertad y emancipación. Sin duda, aquel sujeto culposo y en deuda con el orden patriarcal, religioso o republicano, si bien no ha desaparecido, ni es una especie en extinción, su lugar hegemónico y ejemplar está en retroceso. Su lugar preponderante (quizás emblemático, aunque tengo dudas) está reemplazado por un sujeto que se pretende autoengendrado y soberbio, que se alberga en la fórmula: el derecho a ser lo que quiero ser ("Tengo derecho a ser lo que soy, heterosexual, homosexual, punk, rastra, nazi, gremialista o revolucionario"). Gritos de emancipación cuyo valor político me resulta indiscutible para las minorías oprimidas por el racismo o la homofobia u otras formas (groseras o sutiles) de discriminación. El cambio de la opresión a la libertad expresiva,

convoca siempre adhesión y simpatía. Pero los freudianos somos mañosos en admitir el progreso como determinismo lineal. La sexualidad humana o los aspectos del alma que la conciernen siempre albergan aspectos virtuosos y sórdidos. ¿Habrá acaso una sola verdad unívoca e ideal sobre sexualidad, dinero o poder? ¿O estaremos siempre en el tumulto de fuerzas contradictorias?

\*\*\*

La emancipación de la mujer – de la condición femenina – es considerada por muchos pensadores como el hecho más relevante de la cultura del siglo XX. Igualdad de derechos y oportunidades. Pero el cambio de un parámetro desestabiliza todo el sistema tradicional. Derrumbe del orden patriarcal, casamientos isosexuales, familia tradicional estallada y recompuesta, homoparentalidad. ¿Cómo leer y trabajar estos cambios?

En un mundo que cambia, Manuel Castels estudia la dinámica social de grupos humanos diversos y en el “Poder de la Identidad” señala tres realidades en tensión: Identidades hegemónicas o dominantes, identidades de resistencia y movimientos identitarios de legitimación, que se volverán (o no) hegemónicos en un tiempo futuro. Los tres vectores están siempre en tensión o en equilibrio inestable.

Levi Strauss (creo que en Tristes Trópicos) trata el tema de los cambios epocales en el devenir de la historia: en qué términos o de qué modo un orden simbólico se reemplaza por otro y cuándo y cómo se tensan las confrontaciones entre conservadores y renovadores. Levi Strauss afirma sagazmente que es necesario distinguir – (y no es fácil) cuando un orden o una ley se está reemplazando por otro que pugna por su nitidez y legitimidad y cuando el cambio del orden establecido es un desmoronamiento o un derrumbe que da lugar a un vale todo sin límites. Una cosa es que cambie un orden simbólico por otro y otra simplemente que se disuelva toda organización. Por brevedad simplifico caricaturalmente realidades complejas que no se resuelven de un modo binario en la alternativa de falso y verdadero.

Como dice la Mafalda de Quino “la historia comienza cuando yo me doy cuenta”, chiste que subraya que la percepción y lectura del cambio civilizatorio que transitamos, no es el mismo según la edad (etapa generacional) y posición sociocultural de quien lleva a cabo la lectura. No me canso de repetir que la trama semántica (el discurso ordinario) que utilizamos cada día integra resonancias y redes significantes muy diversas según quien las utilice.

Experiencia/relato, familia, parentalidad, filiación, norma y transgresión, ocio y trabajo, sexualidad, normatizada y transgresora, son no sólo diferentes en su singularidad personal sino según las culturas de pertenencia.

Yo pienso que el psicólogo del tercer milenio, si quiere continuar la ética freudiana de ser el partero (y no el padre o el pastor persuasivo o tiránico) de las verdades conflictuales que su consultante habrá de parir, tendrá ese trabajo preliminar de etnólogo, es decir de asegurarse un ajuste de códigos culturales para poder reclutar y construir una neurosis de transferencia, la que fue y sigue siendo nuestra herramienta principal en el trabajo clínico.

\*\*\*

Aunque hay y seguramente siempre habrá una zona sin respuesta. Como dice H. Murena: *“Cualquier humano llega en determinado momento a la zona en la que no hay respuestas. Se la encuentra a través de todo camino: las pasiones, el pensar, el ocio.*

*Las zonas sin respuestas son aquellas en la que el sentido que hasta entonces atribuíamos a nuestras vidas se derrumba, queda nulo, es la zona en que descubrimos que los problemas que habíamos creído resolver se hallan de verdad enraizados en el misterio, inviolable por nuestro arbitrio y pensamiento. Arribado a través del triunfo o la derrota, cada cual tiene un particularísimo estilo para afrontar esa franja de sinsentidos que causa vértigos. Hay quien decide negarse a sí mismo la experiencia y continuar tal como lo hacía, aunque en secreto corroído. Está aquel que reconoce la zona, pero se empeña en querer adueñársela mediante la red de esos prejuicios que el toma por juicio. Puede existir también aquel que, aun estremecido, tiende su ser para oír, hacerse de algún modo digno del misterio”.*

¿Cuál es el sentido del sin sentido? Las conductas extremas de riesgo de jugar con la muerte en los límites de la vida que en lo singular se ve en las picadas, en la anorexia mental grave, en las adicciones, en el incesto o en la locura colectiva que se constata en la crueldad extrema de la tortura, de la guerra, del genocidio, del racismo desembozado.

Cómo entender que “alguien” sólo pueda definirse como “alguien” a través de la crueldad de la muerte, no la pequeña muerte en la ebriedad del orgasmo, o en otros crescendos fulgurantes de placer, sino en la

sangrienta y cruel realidad de la muerte misma.

Curiosa vocación la del psicólogo, oficio que el fundador del psicoanálisis definió como imposible. Estudiosos del alma humana, responde la academia, como si acaso este objeto fuera fácil de precisar, domesticar o definir. El misterio de cómo y por qué la gente llora o ríe mientras vive, me decía yo en mi adolescencia, interrogando mi vocación. Por qué escoger ese misterio como imán y no otro misterio de la naturaleza, de la tierra o el cosmos, o de la ciencia y las artes, o de los números, la literatura, la danza o la música. Misterios de la diversidad humana son estas opciones. En verdad, cada uno empieza a interrogarse cuando ya está capturado.

El ser humano siempre llega tarde al acontecimiento de comprender aquello que lo determina. El enamorado se interroga sólo después de enamorarse y no antes. Después vendrá el malestar y la zozobra y allí se despliega el espacio virgen para cultivarlo con nuestro oficio. Yo lo he hecho durante medio siglo, les toca ahora a Uds. continuar la tarea.

\*\*\*